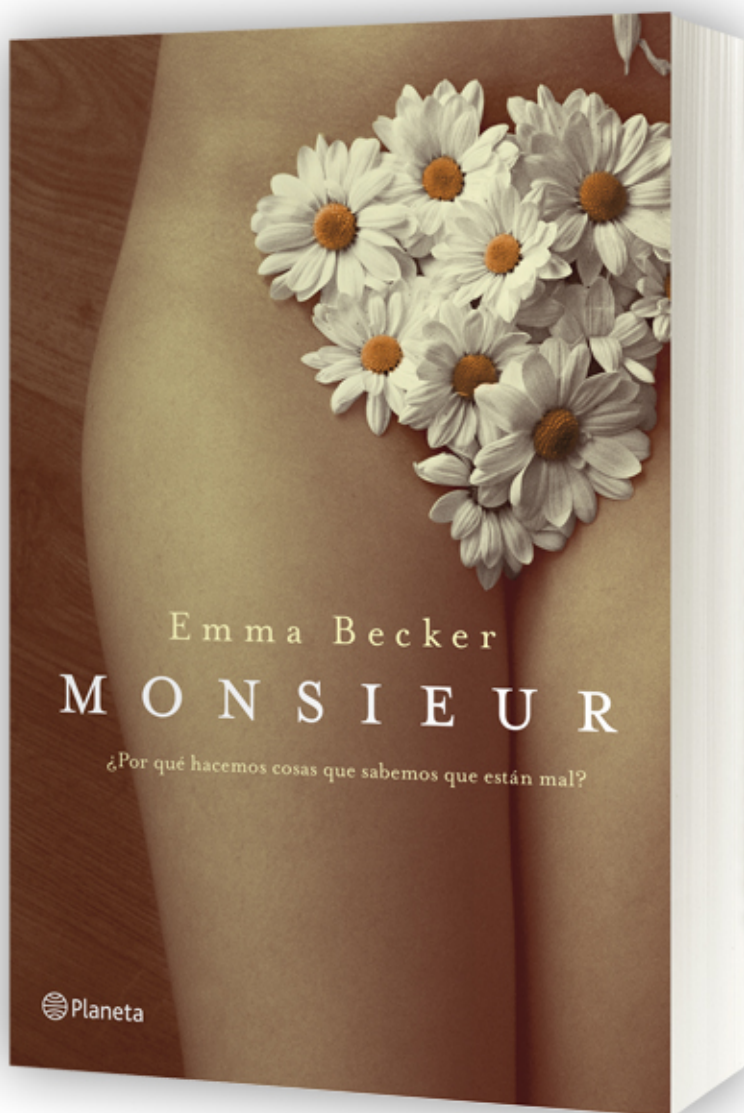


Fragmento

Monsieur

Emma Becker



Deseo dependencia, atracción y culpa. Erotismo en estado puro

Me crucé con el hijo mayor de Monsieur en la línea 1 del metro, en Charles-de-Gaulle-Étoile. Era a la hora en que acaban las clases, y todos los vagones habían sido tomados por asalto por hordas de ruidosos estudiantes de instituto. Tuve que levantarme para que una nueva oleada pudiera empotrarse en mi ya de por sí abarrotado vagón. Y fue entonces, cuando sentí un codo indeciblemente picudo clavándoseme en la espalda, cuando aparté la mirada de mi libro –por seguir con el tradicional intercambio de disculpas indiferentes, sin ni siquiera quitarnos nuestros respectivos iPods–. Yo estaba, como siempre, relativamente convencida de la utilidad de disculparme: ¿de qué?, ¿de existir?, ¿de tener espalda?

No puedo decir que su voz en sí, apenas audible en cualquier caso, fuera el elemento desencadenante de nada. Por una u otra razón, lo miré –y en un cuarto de segundo supe, sin posibilidad de error, que era su hijo–. Nada de magia, sólo ese escandaloso parecido entre el modelo y su avatar, pero aquello me impactó con la omnipotencia de un sortilegio. Me hizo falta toda la determinación del mundo para apartar la mirada de sus grandes ojos de párpados pesados, que afectaban esa intolerable sensualidad heredada de

Monsieur, y de la que no tenía, probablemente, conciencia en absoluto. En mi cabeza sonaba un disco completamente rayado: es él es él es él es él. Cuando sentí que le iba a parecer extraña esa mirada subyugada que lo miraba de arriba abajo, hice como si volviera a André Breton (pero no esperaba ni siquiera poder pensar en otra cosa).

Nunca hubiese imaginado que fuera tan indeciblemente doloroso sentir esa presencia cerca de mí, ese olor tenue a chico joven que no lograba eclipsar un perfume algo fuerte. Ni siquiera vi llegar mi parada –creo que hubiese podido seguirlo a cualquier sitio.

Charles. El primogénito. Ese martes por la mañana, en la habitación azul de un hotel del distrito XV, había dejado estupefacto a Monsieur enumerando a sus chicos –Charles, Samuel, Adam, Louis y Sacha–, los cinco descendientes de una vida que no me podía imaginar. Del hijo mayor sabía detalles de los que tal vez él no tuviese ningún recuerdo –esa discusión durante la cena acerca de un hecho histórico en que Charles, estrecho de miras como todos los adolescentes, había dado un golpe, en un ataque de rabia, encima de la mesa, lo que había estado a punto de costarle un sopapo paterno–. Esa tarde en que había vuelto del instituto completamente colocado, con su abundante pelo moreno atufando traicioneramente a hierba. Monsieur, que lo quería con locura –no había que ser un experto en la materia para adivinarlo–. Monsieur, que lo quería con un amor que convertía el vago cariño que mostró un día hacia mí en una ridiculez sin límites.

El tren dio un bandazo, y de nuevo Charles chocó conmigo, con todo su cuerpo desconocido pero tan extrañamente familiar.

–Perdón –me dijo, esta vez con una sonrisa un poco incómoda que tenía los hoyuelos de su padre, los mismos incisivos muy blancos y depredadores.

Tenía ante mí a Monsieur mirándome, por primera vez en seis meses, Monsieur visto como a través de un cristal de aumento que me revelara la verdad: sus hijos, su mujer, todo lo que había construido, por lo que tanto había luchado, los grilletes de sus pies, sus

éxitos y los límites de su reino. Y hubiese podido dejarme llevar por la compasión, por la ternura incluso, pero a Charles le costaba todavía despegarse de mí, mientras multiplicaba las disculpas sonrientes (cada sonrisa me traía a la memoria a Monsieur tumbado debajo de mí después de hacerlo), y toda la energía de la que disponía quedaba absorbida por mis esfuerzos para no gritar «pero para ya con esa boca que conozco de memoria, quita de mi mano los dedos crispados de tu padre, que se corre arañándome las caderas, vuelve la cabeza, no quiero –no puedo– ver esos ojos grises que ni siquiera son tuyos, nada en ese rostro es tuyo, ni siquiera esa larga nariz regalo de tu madre, tal vez el único elemento que hace de ti una persona nacida de pleno derecho del amor de Monsieur por otra mujer, así que para ya, por favor: para ya». Me mordía la lengua para no decir nada, mantener los labios cerrados e impedirme decirle por qué, a santo de qué, en virtud de qué esa mujer joven del metro lo miraba de arriba abajo, aunque la insistencia con la que él me observaba bien valía un buen número de preguntas.

¿Quién soy? Me llamo Ellie (nombre que no significa nada para ti, que ni siquiera tiene género, y, no obstante, bien sabe Dios que hubo una época en que para Él lo significaba todo: beber, comer, dormir, y todo lo que sucede entre esas cosas), tengo casi tu edad, apenas dos años más que no cuentan mucho, pues no he cambiado tanto desde la época en que llevaba mis cuadernos de mates en una vieja mochila Eastpack agujereada, y te miro así porque me recuerdas tanto a tu padre, señor, me lo recuerdas hasta un punto que ni siquiera tiene ya nada que ver con el parecido –va más allá, hay en tus ojos oscuros la misma languidez inconsciente que me dejaba petrificada, esa hambre voraz de mujeres que me apasionaba; ahora mismo, en medio de esta multitud, cualquiera diría que es la mirada que tenía bajo su mascarilla de cirujano cuando lo observaba operar en la clínica—. Por supuesto, Charles, que no

debería bastarme con eso: pero mírame con estos brazos colgando y el libro por fin cerrado, las miradas disimuladas bajo mi flequillo, casi me olvido de que no eres más que un primer y talentoso esbozo de él, con treinta años menos.

Treinta años menos –es casi el mismo abismo que nos separa a él y a mí–, no obstante he sido su amante, y he amado a tu padre con una pasión en la que ardían toda mi admiración y toda mi gratitud, ciegamente, claro. He ardido como la yesca, hasta el punto de que hoy me resulta imposible no imaginar que una tarde podría cruzarme contigo en una fiesta, en casa de unos amigos comunes, compartir un porro y ver tus ojos nublarse como se nublaban los suyos, aprender lo que te hace reír y acabar conteniendo una risita histérica en la dulzura ávida de tus labios, que me sé de memoria. Sería tan fácil y tan natural ser tu novia y venir a buscarte cada tarde al instituto –hubiese podido pasar de esa manera: no soy demasiado mayor para ti, sólo lo suficiente como para hacértelo descubrir todo y marcarte para siempre, pero a mis veinte años me siento ya con veinte más–. No te parecería muy lógico o creíble si te dijera que, después de haber oído a tu padre hablar tantas veces de ti, a mis ojos te has convertido casi en un niño asexuado. Si te besara ahora, como a menudo lo he soñado, como me muero de ganas de hacer, sería con toda la fuerza de la desesperación, porque eres el hijo de ese hombre al que no logro olvidar, y porque tus besos me harían probablemente el mismo efecto que la metadona prescrita como último recurso a los heroinómanos arrepentidos –si tú supieras cuánto los he buscado: esos Casi, esos No totalmente, esos Sí pero no–. Imagina el valor que tienes para mí, que me he empapado de copias imperfectas de tu padre. Te tengo justo enfrente, a pocos centímetros, cautivo, efímero y silencioso, tranquilo como todos los adolescentes, cuyos ojos no conocen todavía la mancha del deseo, su violencia, cuyos ojos todavía no hacen más que dar palos de ciego –y me acuerdo de los suyos–. Por supuesto que eso no debería bastarme.

Hola, Charles, me llamo Ellie, nunca has hablado conmigo y

probablemente no volverás a verme jamás, pero sé el nombre de cada miembro de tu familia y eso sin ni siquiera conocerte, porque he visto a tu padre, del que eres su copia exacta y turbadora, porque lo he estrechado tan fuerte entre mis brazos que sin conocerte te conozco tanto... Cualquiera diría que es una broma, ¿verdad? O una película de Truffaut. Una desconocida entre otras mil sube al mismo metro que el hijo de su amante. Lo reconoce; su rostro se superpone perfectamente a todas esas fotos que ha encontrado de él, de su familia. Hubiese podido ser cualquiera, pero soy yo. Soy yo con quien se ha reunido los martes por la mañana cuando os ibais todos a clase; al acariciar vuestras caritas era en la mía en la que estaba pensando ya. En mí, esta poca cosa con unos vaqueros de Bensimon, rematada con una insignificante cola de caballo. Esta cabeza. Estas manos que sudan sobre un libro de bolsillo en el aire denso del subsuelo parisino, pero que unos meses antes, Charles, hace apenas seis meses, clavaban sus uñas en la carne patricia de otras manos imperiosas –las que sentías en tu espalda cuando dabas tus primeras pedaladas en bici por los jardines de Luxemburgo—. No sabes nada de todo eso, y me miras como debes de mirar a todas las chicas, cuando soy, probablemente, la persona en el mundo a la que más despreciarías por las ganas que tengo de meterme en tu bolsillo y pasarme la noche cerca de él en la mesa de la cocina, aunque no pasara nada. Sólo comprender. Sólo verlo. Acceder unos instantes a esos momentos sagrados que dejas pasar sin concederles la más mínima atención, vuestras conversaciones en las comidas, el olor del beso que os da cuando vais a acostaros, esas cosas sin importancia, como sus primeras palabras al abrir la puerta de la entrada por la noche. Esas impresiones que constituyen la trama de vuestra vida diaria son para mí misteriosas, fabulosas como un lujo que no podré nunca darme –pues ni todo el oro del mundo, ni todas las artimañas posibles me concederán cinco minutos con vosotros alrededor de una mesa—. Cinco minutos de vuestra cómoda y tranquilizadora vidita, una cena de un día cualquiera, tú plantándole cara a tu padre, quien, absorto en el debate,

se olvida de comer, tu madre, tan guapa, poniendo cara de estar cansada de esos enfrentamientos masculinos, tus cuatro hermanos pequeños dudando si alinearse en un bando o en otro —y yo en una esquina comiéndooos con los ojos como si se estuviera frente a la mejor película del mundo, descaradamente, dándome un atracón de imágenes y olores, de fantasmas que conjurar más tarde, una vez sola—. Pienso en ello de la misma forma en que un adolescente se toca, sintiendo el peso de la culpabilidad.

En Châtelet, me echó una última ojeada entre sus largas pestañas negras y se contorsionó para imbricarse en la multitud que abandonaba el vagón. Me aferré a su alta silueta hasta que desapareció totalmente, aspirado en medio de cientos de cabezas anónimas, y, a partir de ese momento, invisible, para caminar hacia el metro, y luego, más tarde, aparecer en Île Saint-Louis. Una puerta, un número, una llave para acceder al gran piso familiar donde su madre escuchaba cómo Adam le contaba qué tal le había ido su día en el último curso de primaria. Monsieur llegaría hacia las nueve de la noche, los niños habrían cenado ya. Pero se cruzarían con él de mil maneras diferentes, se toparían con él al ir a lavarse los dientes, buscarían esa última mirada paterna al dar las buenas noches. Y Charles se dormiría sin haber conservado el más mínimo recuerdo sobre mi persona, mientras que a mí, desde que él había bajado, el vagón me parecía terriblemente vacío.

«Llora. Grita. Rompe a reír. Silba. Vuelve a tu libro.»

Mi barbilla empezó a temblar como la de las niñas pequeñas a las que se les acaba de dar un cachete en la mano. Me subí el cuello muy arriba, tapándome la nariz, y hasta Nation, acompañada por la providencial *Belle Nuit* de Offenbach, sollocé miserablemente, oculta tras mi abrigo y mis mocos. Eso me parecía lo mejor que podía hacer.

LIBRO I

Dios, ¡qué guapa estabas esta noche por teléfono!

SACHA GUITRY, *Las mujeres y tú*

Abril

Lolita, de Nabokov. Ése es el libro que me llevó a la perdición. No creo, en resumidas cuentas, que se pueda encontrar otro culpable en mi biblioteca. He pasado por Sade, por Serpieri y Manara, por Mandiargues, por Pauline Réage, pero no es por ellos por lo que tengo este vicio que me echó en brazos de Monsieur. Ahora lo veo claro. Debería haberme mantenido alejada de esa vieja edición amarillenta que rodaba por el salón como si nada. Aprendí en él todo acerca de un cierto tipo de hombre, de una especie mundanal de hastío profundo que precipita sus miradas, sus sienes entrecanas, hacia las chicas jóvenes, cómo se cristaliza el deseo en cuerpos que no son ya de niñas y todavía tampoco de mujeres. He conocido su cruz, la fuerza que es necesaria para llevarla indefinidamente por esos caminos, paralizados por las nínfulas. He aprendido a interpretar, bajo sus nobles ceños de hombres adultos responsables, el poderoso atractivo del vicio, la adoración por esa divinidad de pequeños pechos puntiagudos, de pelo revuelto, a las que llamaron Lolita.

Lolita. Exigente más allá de todo lo razonable, acaparadora y celosa, comprometida en un combate interminable (y ganado de antemano) contra todas las demás hembras de la especie, la cual domina con su metro cuarenta, sus pies descalzos y sus largos y gráciles miembros. Recalquemos que el paso de la ficción a la realidad hace nacer a la nínfula exactamente en la edad en que Nabokov le daba muerte (lo que él consideraba que era algo bastante peor que la muerte, en realidad: el instituto): quince años. Esos hombres de los que hablamos, que a menudo van por el mejor camino del mundo con sus zapatos y sus ropas extremadamente serias, se ponen de rodillas, de manera desesperada, ante esas Queriditas –por razones que no son necesariamente malvadas pero que le parecen sórdidas al populacho–. Por la piel suave. Por las nalgas y los pechos que escupen a la cara de Newton. Por la criminal inocencia. Por los dedos ingenuamente impúdicos, por las manitas emocionantes que logran, por Dios sabe qué milagro, contener una emoción que no las emociona mucho, que manipulan con audacias todavía infantiles: imaginar que aparte de eso nunca han tenido nada más grande que un Magnum de almendras (hay algunas trazas de gula en la manera en que se llevan a la boca esa nueva clase de golosina). Por las ojeadas como arpones lanzados a ciegas, gratuitamente. Por el partido que han tomado, al contacto de los hombres, por sostener sus miradas enamoradas en la calle, en las comidas de familia, en las barbas de sus padres, por todas partes, pues el interés les hace olvidar todo pudor y, por consiguiente, toda educación. Ahora lo sé todo acerca de la curiosidad de los hombres por esas criaturas... pero ¿qué se sabe de lo que buscan las nínfulas? ¿Qué las precipita, lejos de sus jovencuelos melencólicos, entre las sábanas y los brazos fragantes de sulfúreas copias de su padre? Nabokov nunca abordó claramente lo que podía estar pasando por la cabeza de Lolita cuando se sentó encima de Humbert Humbert aquella pálida madrugada de verano. Ni por qué, unas páginas antes, saltaba encima de sus piernas maltratando su manzana, bragas a los cuatro vientos, canturreando a porfía mientras su culpable

adorador trataba de contener discretamente una efusión casi adolescente. Es esa lectura paralela la que eché en falta, la imposibilidad de saber cómo hubiese sido la historia si se hubiese dejado hablar a Lolita. Sin buscar excusas —que intuyo, de todas formas, inútiles—, me parece que fue con esos objetivos epistemológicos como entré por primera vez en la cama de un hombre de cuarenta años, en octubre: no cuento ya esos retozos casi accidentales con un joven empresario a la edad de quince años (están los hombres, y los de cuarenta años. Aquéllos que encuentren el matiz fácil carecen tremendamente de sutileza —cualquiera diría que las nínfulas acceden a un nivel de análisis hiperespecializado que perderían probablemente más tarde, ni una de las que pueblan mi horda hubiese confundido esas dos razas—. Las nínfulas y los hombres de cuarenta son, por un azar exquisito, recíprocamente sagrados).

Ese hombre —¿cuál era su nombre?—, si bien no me dejó extenuada de placer por la mañana, tuvo el buen gusto de no herir mi atracción por la inmensa mayoría de sus semejantes. Iría más lejos al afirmar que fue incluso su inapetencia y su abismal carencia de sensualidad lo que me impulsó en mi búsqueda. Quizá fuese demasiado exigente; quizá me aferraba demasiado a la realización de mis guiones de niña pequeña —yo, sometida totalmente bajo el yugo y las manos y las palabras de un profesor de edad ideal, abierto a todo y acostumbrado a las más mínimas manipulaciones que mi cuerpo le permitiese—. No quería tener que decir nada —y, a decir verdad, nadie dijo nada hasta las cuatro, cuando me cansé de no sentir más que el fantasma penoso de su polla, en las antípodas de las vigorosas excitaciones que poblaban mi imaginario—. Fue al verle meneándose con mano firme cuando me di cuenta de que, a Dios gracias, la lista de los que podrían rendirme un homenaje a mi medida era más larga que la de Papá Noel: sonreí cuando se corrió, pensando ya en la proporción de machos que, sin estarme reservados, me esperaban a pie firme, de manera inconsciente. Al día siguiente, cuando, agotada por la falta de sueño, trotaba hacia el metro, me pareció evidente que no sabía nada más de lo que ya

sabía al llegar el día anterior. Que los hombres más mayores pudiesen tener dificultades para empalmarse era una cosa de la que siempre había sido consciente. Eso no tenía nada que ver con la excitación psicológica que yo había esperado, con las palabras con las que soñaba, y no había reconocido en aquel cuerpo las marcas sulfúreas de esa madurez todavía verde, mucho más verde que a los veinte años. Dejé de responder al teléfono, por cobardía, cuando aparecía su número y, al cabo de unas semanas de silencio culpable, irritado luego, recibí este mensaje lapidario: «Me he cansado de andar siempre detrás de ti, Ellie. No estamos jugando a las Lolitas; de todas formas, eres demasiado vieja para jugar a eso, y yo no tengo ninguna gana de ser Humbert Humbert. No aspiraba a ese título antes de que me lo negasen.»

No conocía a Monsieur. No le deseaba ningún mal –ni ningún bien: simplemente pasaba de él–. Había oído su nombre mil veces, en el transcurso de las comidas con mi tío Philippe –así tenía que ser, ya que incluso antes de ser amigos habían sido colegas, y ese nombre apestaba a hospital, literalmente–. Yo no conocía a Monsieur. Honradamente, todo es culpa de mi madre. Fue en febrero de este año, creo; no le había preguntado nada a nadie, subía arrastrándome de mi cuarto en el sótano, con mi biblia bajo el brazo (*La mecánica de las mujeres*, de Louis Calaferte), al acecho de alguna actividad salvadora en esos tiempos de huelga estudiantil. Imposible saber en qué estaba pensando mamá cuando me mencionó el nombre de ese cirujano que, según ella, era la única persona aparte de mí que podía apreciar semejante guarrada literaria –era un obseso–. Al principio, me contenté con expresar una indiferencia sincera por completo: un colega de Philippe, en cualquier caso, suponía un mundo absolutamente inaccesible para una chica de mi edad y de mi condición, obseso o no. Veía difícil plantarme en la clínica, con mis folios bajo el brazo, para hablar de erotismo con un hombre de cuarenta y seis años.

Cuarenta y seis años.

¡Cuarenta y seis años!

El aburrimiento que tan morbosa me volvía tardó unos meses en enriquecer la idea vaga de conocer a ese hombre. Repetía su nombre como de broma, sorprendida al encontrar en ese momento otro brillo muy distinto en él, extremadamente sulfúreo. Al buscarlo en Facebook, miraba el único resultado que me proponían mediante ese elegante apellido... convencida de la necesidad de encontrar una buena razón para añadirlo como amigo. Quería llegar solapadamente a su mundo, equipada con un pretexto irrefutable –la literatura como encantador caballo de Troya que ocultara en sus profundidades traicioneras mi versión de Lolita, puede que un poco caducada, pero con mejor voluntad–. La necesidad de conocer, de saberlo todo de él me escocía como la picadura de un mosquito; dos o tres preguntas hipócritas dirigidas a Philippe me habían permitido enterarme de que, siendo yo muy pequeña, durante las visitas que les hacía a sus enfermos de la clínica, me había cruzado con el célebre C. S. en los pasillos. Y a fuerza de torturarme para extraerme un recuerdo cualquiera, recordé de repente ese cumpleaños de mi tío, dos años antes: toda una fiesta deambulando entre los viejos sin percatarme de él, sin percatarme de un hombre al que me habían descrito como «obseso», que leía los mismos libros que yo, pero, sobre todo, con sólo veintiséis años de ventaja. Veintiséis años; es mucho. Veintiséis años acariciando cuerpos de mujeres, pervirtiendo los objetivos procreativos del coito, mientras que, inocente a todo eso, yo me agarraba a los pechos de mi madre. ¿Debo hablar también de esa relación que unía a Monsieur con mi familia, tan fina, aunque sólida, como un hilo de nailon, y tan cortante también? Las chicas de veinte años tienen en la cabeza argumentos increíbles, de un romanticismo o de una incoherencia inigualables (estaban la estudiante y el cirujano; ella, que no sabía nada, él, que lo conocía todo, y, en medio, el tío inconsciente del drama que se desarrollaba –y no había duda de que si se enteraba, esa historieta erótica se iba a convertir en una tragedia de Racine!).

Así pues, sin saber demasiado cómo, atraqué en esa orilla, en marzo del mismo año. La sencilla razón por la que ni siquiera había intentado imaginarle un rostro a Monsieur es que comenzó siendo un elemento totalmente intercambiable de mi imaginario sexual. Ésa es la verdad. El hecho de que fuese cirujano, de que tuviera las mismas inclinaciones que yo, de que fuese además esposo y padre de familia por supuesto lo diferenciaba suficientemente de la mayoría, ya que todos esos atributos lo situaban en un mundo casi paralelo, el de los Adultos (los auténticos: es una aberración dar un estatus como ése a individuos de mi edad). «Intercambiable» no es realmente la palabra; digamos que el concepto de Monsieur me satisfacía mucho más allá de mis esperanzas, sin necesitar para ello afinidad física alguna (con tal de que no me provocase repugnancia). Mientras escribo, lo oigo indignarse a su manera teatral: «O sea que ite hubieses quedado con cualquier tío gordo!» A lo que yo respondería «Probablemente». Pero Monsieur puede estar tranquilo: la continuación de la historia nos muestra bastante bien que su trampa era perfecta se mirase por donde se mirase.

Un día, me cansé de dar vueltas a su alrededor sin que ni siquiera fuese un poquito consciente de mi presencia; era el mes de abril. Estremecedor mes de abril. Llovía polen de los castaños y yo me sumía en el aburrimiento. La huelga estudiantil proseguía, nunca veía a nadie; la primavera regresaba, todos mis amigos estaban obligados a ir a clase, y yo pasaba mis días tumbada al sol, en la terraza, muriéndome de ganas de ver gente, de tener encuentros con hombres, de conocer —no sé— la exaltación, el éxtasis, la pasión, cualquier cosa menos ese letargo constante, soporífero. Le había dado tantas vueltas sin cesar a la situación que la aprensión se me había vuelto extraña: no hacía más que esperar, agazapada en la sombra, el momento en que apareciese Monsieur.

Buenas noches:

No debe de saber muy bien quién soy, aunque haya aceptado amablemente mi solicitud en Facebook, pues bien, ni se le pasa por la cabeza: soy la sobrina de Philippe Cantrel, quien ejercía hasta hace poco en la clínica. Gracias a él me he enterado de que es usted lector de Bataille y Calaferte –confieso albergar cierta curiosidad respecto a los hombres que han leído y disfrutado de *La mecánica de las mujeres*, ¡me hace sentir menos sola!

Dicho esto, me llamo Ellie, tengo veinte años, soy estudiante de literatura y publico en una revista de literatura erótica. Nada de lo que no se pudiera enterar al ojear mi perfil en Facebook –aun así, me parecía lo correcto presentarme un poco.

Me imagino que es una persona ocupada, sin embargo, si tuviese tiempo un día de éstos para explicarme en unas líneas lo que le ha gustado de Calaferte, me alegraría mucho leerlo. Yo misma estoy en plena redacción de una «mecánica de los hombres», toda la información que pueda recabar no está de más.

Que tenga una buena noche.

Ellie